

LAS ÍNSULAS EXTRAÑAS

El pasado año literario terminaba con dos noticias poco alentadoras: la muerte de Pepe Hierro y la confirmación de una importante crisis económica en el mundo editorial. Desaparecía uno de los poetas que más influencia había ejercido en los últimos años, y planeaba la sospecha de que, al menos por una o dos temporadas, no habría presupuesto, ni ganas de arriesgar por voces nuevas y visiones frescas. Los narradores y los poetas inéditos no se beneficiarán de la suerte que hace tan sólo cuatro o cinco años tuvimos otros escritores de una edad similar y en circunstancias parecidas. Se comienza a hablar de una apatía generacional para justificar la ausencia de jóvenes autores en el panorama nacional: cuando las editoriales mencionan jóvenes autores, se refieren a grandes impactos mediáticos, a circunstancias personales que convierten la anécdota en esencial. Y manejan, claramente, la noción de generación cronológica. Durante el pasado fin de semana he presenciado varias reuniones informales de escritores jóvenes, casi todos poetas, casi todos con un talento notable, genial en un par de ellos. El nexo de unión era fortuito, y la amistad o la simpatía que les unía no nacía de la obra individual, sino de razones extraliterarias, o mejor, metaliterarias. La joven Elena Medel, aún en secundaria, y quizás la que corre más peligro de ser considerada únicamente un fenómeno pasajero, pese a su ambición y su inteligencia, era la menor. Mariano Peyrou, becado en la Residencia de Estudiantes, el de mayor edad, apenas rebasados los treinta. Entre ellos, Carmen Jodra, una poeta clásica y ex-



quisita, que ha conocido ya la amargura que puede conllevar un éxito apabullante; Pilar Adón, a punto de publicar su segunda novela; Julio Reija, posiblemente el poeta en estado puro del grupo, enloquecido, poderoso; Sandra Santana, también en la Residencia, ocupada ahora en traducción. Carla Guimarães, dramaturga. Gonzalo Escarpa, de la Fundación Gala,

responsable de la revista «Fósforo», hechicero y el elemento de cohesión; y Julieta Valero, inexplicablemente inédita. Ni su visión del mundo ni sus voces resultan lo suficientemente homogéneas como para formar una escuela en el sentido clásico; carecen de maestros, o de una referencia única, y aunque la rabia y el sentido del humor pueda identificarlos, cada uno realiza una revisión propia de sus lecturas; a diferencia de generaciones posteriores, y con mayor inteligencia, no parecen especialmente ansiosos por vincularse a un clan. Hace pocos meses la antología «Las ínsulas extrañas» despertaba del letargo a los poetas, demasiado acostumbrados al dominio de la poesía de la experiencia. Ese mismo verso define con precisión la actitud de los autores más jóvenes, aislados por su labor y la soledad extenuante de la creación, unidos por canales de comunicación novedosos, las revistas cibeméticas, el correo electrónico y la casualidad. Las islas míticas desaparecían en ocasiones bajo las aguas; en este caso, quizás la astucia de los editores, también jóvenes, sea capaz de ir en su busca.

Espido FREIRE